CAPITULO XVII.

De la fundacion del octavo Monasterio, que es nuestra Señora de la Anunciacion, en Alba de Tormes.

Volviendo á las fundaciones que íbamos escribiendo, antes de fundar el Monasterio de Salamanca, Francisco Velazquez, Contador del Duque de Alba, y Teresa de Laiz su mujer, importunaron á la Madre por medio de Juan de Ovalle y de doña Juana de Ahumada, su mujer, y hermana, como habemos dicho, de la misma Madre, para que fuese á Alba á fundar en aquella villa un Monasterio. La Madre salió de Medina para esta fundacion con algunas monjas, y no se concertando con los que la habian hecho llamar, porque la pedian algunas condiciones que no eran convenientes, y habiendo en esto dilacion, volvió á Medina por cosas que allí se ofrecieron, y de Medina á Valladolid y á Toledo, y despues á Salamanca, de la manera que queda dicho. No habia dos meses que habia fundado en Salamanca, cuando la tornaron á importunar que volviese á Alba. No gustaba ella mucho de ir á esta fundacion, por ser Alba pequeño lugar y no poder el Monasterio dejar de tener renta. Pero el Padre Maestro Fray Domingo Bañes, que entonces estaba en Salamanca y la confesaba, la contradijo eso mucho, como otras veces lo habia hecho, diciendo: que no convenia dejarse de hacer por eso el Monasterio, y que aunque tuviese renta no estorbaria nada para ser las monjas pobres y perfectas. Con esta

respuesta se determinó de fundarle. Pero lo que movió á los fundadores para pedir esto á la Madre, no lo dejaré de decir, porque por ello se verá claramente haber sido milagrosa esta fundacion. Teresa de Laiz era hija de nobles padres, y toda su vida fué muy sierva de Dios, y gran cristiana, de lo cual parece quiso nuestro Señor dar un pronóstico, porque siendo de tres dias nacida, y haciendo sus padres poco caso della, porque tenian muchas hijas, y les habia pesado de su nacimiento, la dejaron sola desde la mañana hasta la noche, y despues una mujer que tenia cargo della, sabiendo el descuido que habia habido, fuese corriendo á la niña, y con ella otras personas, á ver si era muerta, y tomándola en sus brazos, con lágrimas la dijo: «Cómo, mi hija, ¿vos no sois cristiana?» como quejándose de la crueldad que con ella se habia usado. La niña alzó la cabeza y dijo: «sí soy;» oyéndolo todos, porque el mismo dia que nació la bautizaron, y nunca mas habló hasta el tiempo en que los demás suelen comenzar á hablar. Desde entonces la quiso mucho su madre, y tuvo gran cuidado della, y decia que quisiera vivir hasta ver lo que Dios hacia de aquella niña. Viniendo el tiempo que la querian casar, ella no queria tomar este estado. Pero en sabiendo que la pedia Francisco Velazquez, luego se determinó de casarse con él, sin haberle visto en su vida, y por ventura sin saber por qué, mas de que la movió á ello Dios, que tenia ordenado que por ese camino se viniese á hacer este Monasterio. Andando el tiempo se vinieron á vivir á Salamanca, donde él tenia un bueno y honrado oficio, que era pagador de la Universidad, que cobraba toda la renta, y pagaba todas las cátedras, y yo le conocí en este oficio. Allí estaban ricos y contentos, solo les daba pena no tener hijo ninguno. Ella los pedia á Dios y hacia muchas devociones, y por lo que los deseaba no era mas de porque quedase, cuando ella se muriese, quien de su parte, y como en su lugar, alabase á Dios, y jamás otra cosa se le puso delante para desearlos. Dijéronla que el glorioso Apóstol san Andrés era buen abogado para lo que ella deseaba, y así tomó con él mucha devocion. Oyóla el Señor por la intercesion

de su sagrado Apóstol, no para darla lo que ella queria, sino para darla quien hiciese mejor y por muy mas largo tiempo lo que ella deseaba, que hubiese quien por ella alabase á Dios; porque se hizo este Monasterio de monjas, como luego veremos, á donde desde el principio ha habido siempre grandes siervas de Dios, y ahora ni mas ni menos las hay, de lo cual pudiera yo dar buena relacion, por la mucha noticia que tengo de las personas dél, si no fuera por las dos razones que toqué en el capítulo pasado. Y fuera de eso, de su mismo linaje quiso Dios que hubiese quien hiciese esto mismo, porque en el mismo Monasterio dejó lugar para una parienta suya y otra de su marido perpétuamente, que sean admitidas sin dote. Estando, pues, ella una noche en la cama, oyó una voz que la dijo: «No quieras tener hijos, que te condenarás.» Quedó muy turbada y medrosa de esta voz, pero no por eso dejaba de desearlos, pareciéndola que con el fin que ella tenia, no habia que temer que se hubiese de condenar, y hacia las devociones que antes, y en particular al santo Apóstol. Despues desto, estando en el mismo deseo, vió una vision, sin poderse ella determinar si estaba dormida ó despierta cuando la vió, pero en el suceso se vió haber sido de Dios. Parecióla que estaba en una casa, á donde en el patio debajo del corredor estaba un pozo, y luego allí un prado muy verde sembrado de flores blancas de tanta hermosura, cual nunca jamás se vió, ni sabia cómo la pudiese declarar. Cerca del pozo vió al Apóstol san Andrés con una muy hermosa y venerable presencia, y de tal manera, que conoció claramente ser él, y su vista la alegraba en gran manera, y decíala el Apóstol: «Otros hijos son estos que los que tú quieres,» mirando segun yo pienso, aquellas tan hermosas flores. Con esta vision se le quitó del todo el deseo de hijos, y ya no trataba de eso con nuestro Señor, sino con su marido comenzó á tratar, que pues Dios no les daba hijos, hiciesen de su hacienda un Monasterio de monjas, donde el Señor fuese alabado y servido. El vino bien en ello, pero no en que se hiciese en donde ella queria, que era en un lugar cerca de Alba, que se llama Tordillos, donde ella habia

nacido. Estando en esto le embió á llamar la duquesa de Alba, doña María Enriquez, para hacerle contador del duque don Fernando de Toledo su marido, y suyo, el cual oficio aceptó. Luego compró una casa y embió por su mujer; ella fué, aunque de mala gana, porque no gustaba de vivir en aquella villa, y menos gustó cuando vió la casa que su marido habia comprado, que no tenia edificio, aunque estaba en buen puesto y tenia anchura. A la mañana, como entró en el patio, vió un corredor y debajo de él un pozo, y luego se acordó que era el mismo que habia visto cuando vió á san Andrés, y quedó espantada como, sin saberlo su marido, habia venido á comprar la casa que á ella tanto antes se le habia mostrado. Y sin pasar mas adelante se resolvió en que allí habia de ser el Monasterio, y desde aquel punto quedó con mucho consuelo de vivir en Alba, y con determinacion de no ir á otra parte. Para esto compraron casas que estaban allí junto, para que hubiese harta anchura para lo que querian. Ella andaba muy cuidadosa pensando de qué órden le haria, porque deseaba que fuesen las monjas pocas y muy encerradas, y comunicólo con religiosos de diferentes órdenes, para saber lo que convenia mas, y lo mismo hizo su marido. Ellos respondieron que seria mejor hacer otras obras pías, y les desviaron cuanto pudieron de lo que deseaban hacer, dando para ello razones que llevaban poca razon. Con esto vino ella á mudar parecer, porque el demonio andaba de por medio, que ya se temia de lo que podia ser, y concertó con su marido que pues á aquellos religiosos parecia que no hiciesen Monasterio de monjas, casasen un sobrino suyo, y hijo de su hermana con una sobrina de su marido, y les diesen la mayor parte de su hacienda, y lo demás gastasen por sus almas. Quedaron los dos en esto muy resueltos, pero aprovechó poco su resolucion, porque habia nuestro Señor tomado otra de mayor gloria suya y mayor provecho dellos. No habian pasado quince dias despues desta resolucion, cuando le dá al mozo un mal tan recio, que en pocos dias le acabó. Ella quedó desta muerte turbada y atemorizada, y acordábase como Dios habia castigado á Jonás, Profeta, por-

que no le quiso obedecer, y tenia para sí que la habia castigado á ella en llevarla aquel sobrino que tanto amaba, por haberse descuidado de lo que Dios la enseñaba que hiciese. Con esto volvió muy de veras al primer propósito de hacer el Monasterio, aunque no sabia cómo, porque de la manera que ella deseaba y entendia que Dios queria que fuesen las monjas, ni las hallaba, ni quien la diese esperanza dello, antes se reian della, porque buscaba lo que no podria hallar. Quien mas desconfianza la ponia era un Padre de la órden de san Francisco, su confesor, hombre de caridad y de letras, y esto la traia á ella desconsolada. Mas no quiso el Señor que durase aquel desconsuelo, porque yendo fuera de allí aquel Padre, le dieron noticia de los Monasterios que hacia la Madre Teresa de Jesus, y de la manera que en ellos se vivia, é informóse bien de todo. Despues volvió á Alba y dijo á Teresa de Laiz, que ya habia hallado las monjas que ella deseaba y todo como lo pedia, y que podia bien hacer el Monasterio, y dióla cuenta de lo que habia oido de la Madre y de sus monjas, y díjola que lo tratase con ella. Entonces su marido y ella escribieron á la Madre por el medio que dije, y se hizo lo que al principio del capítulo dijimos. Despues la Madre volvió allá, y hubo hartas demandas y respuestas, porque no se alargaban tanto como era menester, y ella estaba puesta en que los Monasterios que fundase, no de pobreza, ó habian de tener lo que fuese necesario para las monjas, de manera que no hubiesen menester pedir nada á nadie, ó no se habian de fundar. Ellos vinieron á dar la renta que pareció bastaria buenamente, y así sin contradiccion ninguna se fundó el Monasterio de nuestra Señora de la Anunciacion (que así quisieron ellos se llamase), á 25 de Enero de 1571 años, dia de la gloriosa Conversion del sagrado Apóstol san Pablo, y fundáronle en sus mismas casas, y ellos se fueron á otras, y así se cumplió la vision de Teresa de Laiz, y lo que san Andrés la dijo, y conoció que este habia de ser el prado donde habian de nacer aquellas blancas y olorosas flores, como por la misericordia de Dios se ven ya crecidas y de muy suave olor, y siempre se irán criando

otras para cuando las primeras se acaben. Hicieron allí una buena casa despues y una muy buena iglesia, como ahora se vé, donde ellos están enterrados en la capilla mayor muy honradamente, y allí dejaron capellanías, y por esa razon es la iglesia muy bien servida, y siempre se procura que los capellanes sean siervos de Dios. Llevó á esta fundacion á la madre Inés de Jesus, que ahora es Priora de Palencia, y á la madre Juana del Espíritu Santo, que habia dejado en Toledo, y con ella vino Guiomar de Jesus, y á María del Sacramento, y de Medina á la madre Tomasina Bautista, que ahora es Priora de Búrgos, y de Salamanca, á María de san Francisco, Priora en el mismo Monasterio de Alba ahora. Hizo Priora á la madre Juana del Espíritu Santo y Supriora á María del Sacramento.

CAPITULO XVIII.

Del modo que tenia de caminar la Madre Teresa de Jesus, cuando iba á estas fundaciones, y cómo Dios la mandaba hacer aquellos caminos.

En esta fundacion de Alba cesaron por dos años las fundaciones por la razon que diré al principio del libro siguiente, y así vendrá bien acabar este libro segundo con decir el modo de caminar que tenia la Madre Teresa de Jesus, cuando iba á ellas. Cuando habia de salir (si no era que hubiese necesidad particular de alguna monja) no sacaba sino las que via que mas de buena gana venian, y agradecíaselo con humildes y amorosas palabras, porque venian con ella de buena gana, y hacia que comulgasen el dia que se habian de partir. Y por ir con recogimiento y encerramiento, queria que siempre fuesen en coches ó literas, si buenamente se podian haber, porque por el camino y en las posadas no tuviesen en poco á las monjas, y no se atreviesen á hablar palabras que á otras mujeres descomedidamente se suelen decir, viéndolas pobres y con poca autoridad, y por eso queria que en lo esterior fuesen como mujeres principales. Cuando esto no habia, iban en carros muy bien cubiertos, y de tal manera iban por el camino en ellos, como si estuvieran en el Monasterio, y reñia mucho á la que se descuidaba de bajar bien el velo todas las veces que la podian ver otras personas, y ella, aunque fuese mujer con la que hablaba, le

abajaba ni mas ni menos, si no fuese persona tal que hubiese causa muy justa para hacer otra cosa. Siempre se llevaba campanilla, y se tañia á oracion y á silencio á sus tiempos como en casa, y un reloj de arena para medir las horas, y entonces todos los que iban con ellas, ahora fuesen frailes, ahora clérigos ó seglares, y los mozos, habian de callar todo aquel tiempo, y edificábanse dello, y cuando se hacia señal para poder hablar, no habia mas que ver que la alegría de aquellos mozos. Despues hacia que les diesen algo mas de comer, porque habian callado. En el coche ó carro en que ella iba, señalaba una á quien las demás obedeciesen como á ella misma, lo cual hacia no solamente por el ejercicio de la obediencia, sino tambien por tomar esperiencia del talento que tenia para gobernar. En llegando á la posada, luego tomaban un aposento donde se encerraban ellas solas: los que las acompañaban quedábanse allá fuera, y ponia una portera que tomase los recaudos de comer, y lo que fuese menester. Si era venta ó posada tan pobre que no tuviese aposento apartado, hacia atajar un pedazo con paños de jerga para que nadie las viese, y allí las traian lo que habian menester. Ella era la primera que despertaba á todos, y la postrera que se acostaba. Siempre habia de llevar quien confesase y dijese misa, y esa era la primera hacienda cada dia, y luego comulgaba ella: esto, por mas priesa que llevase (habiendo aparejo para ello), nunca se habia de dejar.

Llevaba consigo agua bendita, y algunas veces un niño Jesus en los brazos. Con esto no la causaba el camino distraccion, ni la hacia mas el andar que el estar, ni los negocios que la quietud, ni los trabajos que el descanso. Antes era tanto lo que el Señor daba á su alma de bienes y sentimientos espirituales, que para poderlos sufrir era menester distraerse algo con los embarazos y trabajos que de dia y de noche se le ofrecian. Iba por el camino tan en oracion y en la presencia de Dios, que casi nunca la perdia; y esto no como otras personas devotas, sino de un modo muy alto, que allá en lo mas interior de su alma traia las tres personas divinas, y las sentia de

una manera maravillosa en sí, y siempre la parecia la iban acompañando, y por eso jamás sentia soledad, ni quisiera hablar con nadie, sino gozar de aquella tan dulce compañía; pero con todo eso, cuando era menester hablar, lo hacia con una alegría como si tuviera mucha gana de hacerlo, por consolar á las personas que iban con ella. Y iban tan de buena gana, que ni se cansaban de los trabajos, ni se hartaban de la suavidad y gracia de sus palabras, porque eran muy apacibles y alegres. Sacaba de lo que se ofrecia por el camino pláticas de Dios, con que entretenia mucho á los que la acompañaban, y los que solian ir jurando y jugando gustaban mas de oirla que de todos los placeres que entonces podian tener, como ellos lo decian alguna vez. Aunque la iba tan bien en estos caminos, deseara ella harto mas, si la dejaran, estarse recogida y dándose á oracion; pero por una parte su General la habia mandado que fundase cuantos Monasterios pudiese, y por otra el Señor la daba priesa. Ya vimos en la fundacion de Malagon cómo un dia, despues de la comunion, entre otras cosas la dijo que no era entonces tiempo de descansar, sino que se diese priesa á hacer estas casas, porque con las almas dellas tenia él descanso, y así la animaba mucho. El año de 1571, mediado hebrero, la dijo el mismo Señor: «Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo. He querido que ganes tú esta corona: en tus dias verás muy adelante la órden de la Vírgen.» Tambien hallé en un papel escrito de su mano estas palabras: «Estando pensando una vez con cuánta mas limpieza se vive estando mas apartada de negocios, y como cuando yo ando en ellos debo andar mal y con muchas faltas, entendí: No puede ser menos, hija: procura en todo recta intencion y desasimiento, y mirarme á mí, que vaya lo que hicieres conforme á lo que yo hice.»

Los que no sabian esto, ni la conocian, ni tenian noticia de la caridad en que su corazon ardia para buscar la gloria de Dios y de su Santísima Madre, y el bien de las almas, murmuraban muchas veces della, y sentian mal destos sus caminos, y hablaban con mas libertad que convenia, sin saber ni

mirar lo que hablaban, ó por mejor decir, sin saberlo ellos hablaba por su boca el demonio, procurando por las vias que podia estorbar la fundacion destos Monasterios, como cosa con que tan mal le iba. Desto hacia ella poco caso, porque como á mí me dijo una vez en Salamanca, Jesucristo es el Rey á quien ella habia de servir; y como entendiese la voluntad de Dios, no se le ponia nada delante para dejarla de cumplir. Una vez, como era tan humilde y prudente, púsose á pensar en ello, y dejó escritas en un papel estas palabras: «Estando pensando si tenian razon los que les parecia mal que yo saliese á fundar, y que estaria mejor empleándome siempre en oracion, entendí: Mientras se vive, no está la ganancia en gozarme mas, sino en hacer mi voluntad.» Despues dice: «Parecióme á mí que pues san Pablo dice del encerramiento de las mujeres, que me lo han dicho poco ha, y aun antes lo habia oido, que esta seria la voluntad de Dios, díjome: Diles que no se sigan por solo una parte de la Escritura, que miren otras, y que si podrán por ventura atarme las manos.»

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.